

XXVII Seminario Interdisciplinar de bioética Neurociencia, Neuroética y Bioética

Palabras de presentación

Agradezco en nombre de la Facultad de Teología que hayan acudido un año más a la cita de la Cátedra de Bioética para encerrarse durante un fin de semana de primavera a estudiar, debatir y dialogar sobre un tema tan complejo como el de la neuroética. Agradezco especialmente a los ponentes el esfuerzo que supone preparar la ponencia y el ejercicio de coraje y humildad que implica exponer las propias ideas, sugerencias e intuiciones ante un auditorio tan cualificado. Felicito por mi parte a la Cátedra por la celebración del seminario otro año más y por el tema elegido, de gran dificultad y mucha capacidad de convocatoria: la casa que nos acoge en El Pardo está llena. En la lectura del libro de *Los Hechos de los Apóstoles* de hoy (Hch 5,34-39), Gamaliel decía que si lo de los apóstoles era algo de Dios, duraría. Poner algo en marcha de cierta relevancia y actualidad cuesta mucho esfuerzo, trabajo e inteligencia. Que dure y se mantenga con buen nivel a lo largo del tiempo mucho más. Requiere concitar voluntades, ganar amigos, conservarlos y mantener alianzas. El P. Kolvenbach SJ, anterior General de la Compañía de Jesús, decía que Europa necesitaba proyectos de “trayectos largos” para el diálogo entre la fe y la cultura. El de la Cátedra de Bioética lo es. Por eso, mi enhorabuena pública todos los que estáis vinculados a la misma.

Recojo dos aspectos de la antropología bíblica, que me han venido a la cabeza al pensar sobre el tema de este seminario¹. Lo primero es que para la mentalidad bíblica el corazón (*leb*) es la sede de los pensamientos, de los sentimientos, de las emociones, de la libertad, de la voluntad y del conocimiento. Por eso la Escritura insiste en la conversión del corazón, que consiste en abrir el corazón a Dios. Las ciencias biomédicas sitúan hoy esas operaciones en el cerebro. Un cerebro dañado puede alterar el conocimiento, la libertad, la voluntad, las emociones de la persona. Intuyo que las cuestiones relativas a la interacción mente-cerebro y espíritu-cuerpo serán uno de los elementos que aparecerán a lo largo del debate.

Por otra parte la antropología bíblica ve a la persona desde diferentes aspectos o dimensiones, pero siempre con una mirada en la que cada dimensión abarca la totalidad de la persona. En cuanto ser material o somático es, según los

¹ Cf. H.W. WOLF, *Antropología del Antiguo Testamento*, Sígueme, Salamanca ²1977.

textos, *basar* (carne en hebreo) o *soma* (cuerpo en griego) y *sárx* (carne en griego). El *soma* o la *sárx* no son una parte, como si se pudiera dividir a la persona en piezas, cuya suma luego daría la totalidad; sino que se refiere a la totalidad de la persona contemplada desde su corporalidad o carnalidad. Por eso podemos decir que somos cuerpo y somos carne, diciendo una verdad. En cuanto ser abierto a otros es *néphes* (garganta en hebreo; que se tradujo por *psyché* al griego): un ser que todo él tiene esta dimensión espiritual, que se refleja con la respiración y el habla, que dependen de la garganta. El ser humano en su vida depende de la respiración, del aire (*ruah* en hebreo; *pneuma* en griego). La persona humana necesita aire físico y biológico; pero también social: relaciones interpersonales y afectos. En esta dimensión pneumática, espiritual, se refleja su ser radicalmente abierto a otros, también a Dios. Para la antropología bíblica, mediante el espíritu y gracias a que somos espirituales nos relacionamos con Dios; estamos capacitados para la relación con Él. Todos estos elementos del ser humano, repito, son dimensiones que afectan al todo, o que dicen el todo según una perspectiva, no partes aislables y netamente diferenciables como compartimentos estancos o piezas sumatorias de un puzle.

Lo que la divulgación científica llega a transmitir al ciudadano medio parecería indicar que en el cerebro se daría la sede somática de la intersección de las tres dimensiones, que no serían ya de la totalidad de la persona, sino de un órgano. Así, las complejas relaciones *soma-sárx-psyché-pneuma*; cuerpo, carne, mente y espíritu se condensan en el cerebro. No alcanzo a imaginar la complejidad ética que puede proporcionar la combinación de la neurociencia y sus posibilidades y límites; con la neuroética y la bioética en general. Pues se tocará sin duda el núcleo de la valoración de la dimensión corporal-somática, psíquico-mental y pneumático-espiritual de la persona en sus interrelaciones, dependencias, complejidad y repercusiones. Les deseo que las sesiones sean francas, profundas, intensas y con debate de altura.

Gabino Uríbarri Bilbao, SJ
Decano
Facultad de Teología
Universidad Pontificia Comillas